

opusdei.org

La conversión de los hijos de Dios

San Josemaría pronunció esta homilía en Cuaresma: un tiempo litúrgico en el que aconseja "mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón".

23/08/2013

Comienzo de la homilía (15:23 min)

Las tentaciones de Cristo (13:25 min)

Hemos entrado en el tiempo de Cuaresma: tiempo de penitencia, de purificación, de conversión. No es tarea fácil. El cristianismo no es camino cómodo: no basta *estar* en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera – ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide– es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón.

Invocabit me et ego exaudiam eum , leemos en la liturgia de este domingo (Ps XC, 15 (Introito de la misa).): si acudís a mí, yo os escucharé, dice el Señor. Considerad esta maravilla del

cuidado de Dios con nosotros,
dispuesto siempre a oírnos,
pendiente en cada momento de la
palabra del hombre. En todo tiempo
–pero de un modo especial ahora,
porque nuestro corazón está bien
dispuesto, decidido a purificarse–, El
nos oye, y no desatenderá lo que pide
un *corazón contrito y humillado* (Ps L,
19.).

Nos oye el Señor, para intervenir,
para meterse en nuestra vida, para
librarnos del mal y llenarnos de bien:
eripiam eum et glorificabo eum (Ps
XC, 15 (Introito de la misa).), lo
libraré y lo glorificaré, dice del
hombre. Esperanza de gloria, por
tanto: ya tenemos aquí, como otras
veces, el comienzo de ese
movimiento íntimo, que es la vida
espiritual. La esperanza de esa
glorificación acentúa nuestra fe y
estimula nuestra caridad. De este
modo, las tres virtudes teologales,
virtudes divinas, que nos asemejan a

nuestro Padre Dios, se han puesto en movimiento.

¿Qué mejor manera de comenzar la Cuaresma? Renovamos la fe, la esperanza, la caridad. Esta es la fuente del espíritu de penitencia, del deseo de purificación. La Cuaresma no es sólo una ocasión para intensificar nuestras prácticas externas de mortificación: si pensásemos que es sólo eso, se nos escaparía su hondo sentido en la vida cristiana, porque esos actos externos son –repito– fruto de la fe, de la esperanza y del amor.

Arriesgada seguridad del cristiano

Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei coeli commorabitur (Ps XC, 1 (Introito de la misa).), habitar bajo la protección de Dios, vivir con Dios: ésta es la arriesgada seguridad del cristiano. Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de

nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón. Pero vivir con Dios es indudablemente correr *un riesgo* , porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a El quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra.

Desde nuestra primera decisión consciente de vivir con integridad la doctrina de Cristo, es seguro que hemos avanzado mucho por el camino de la fidelidad a su Palabra. Sin embargo, ¿no es verdad que quedan aún tantas cosas por hacer?, ¿no es verdad que queda, sobre todo, tanta soberbia? Hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros,

ya que *illum oportet crescere, me autem minui* (Ioh III, 30.), hace falta que El crezca y que yo disminuya.

No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Gal II, 20.). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es progreso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana. Porque el fuego del amor de Dios necesita ser alimentado, crecer cada día, arraigándose en el alma; y el fuego se mantiene vivo quemando cosas nuevas. Por eso, si no se hace más grande, va camino de extinguirse.

Recordad las palabras de San Agustín: *Si dijese**s** basta, estás perdido. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio, no retrocedas, no te desvíes* (S. Agustín, *Sermo* 169, 15 (PL 38, 926).).

La Cuaresma ahora nos pone delante de estas preguntas fundamentales: ¿avanzo en mi fidelidad a Cristo?, ¿en deseos de santidad?, ¿en generosidad apostólica en mi vida diaria, en mi trabajo ordinario entre mis compañeros de profesión?

Cada uno, sin ruido de palabras, que conteste a esas preguntas, y verá cómo es necesaria una nueva transformación, para que Cristo viva en nosotros, para que su imagen se refleje limpiamente en nuestra conducta.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame (Lc IX, 23.). Nos lo

dice Cristo otra vez a nosotros, como al oído, íntimamente: *la Cruz cada día. No sólo –escribe San Jerónimo– en el tiempo de la persecución, o cuando se presenta la posibilidad del martirio, sino en toda situación, en toda obra, en todo pensamiento, en toda palabra, neguemos aquello que antes éramos y confesemos lo que ahora somos, puesto que hemos renacido en Cristo (S. Jerónimo, Epistula 121, 3 (PL 22, 1013).).*

Esas consideraciones no son en realidad más que el eco de aquellas otras del Apóstol: *verdad es que en otro tiempo no erais sino tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; y así, proceded como hijos de la luz. El fruto de la luz consiste en caminar con toda bondad y justicia y verdad: buscando lo que es agradable a Dios (Eph V, 8–10.).*

La conversión es cosa de un instante; la santificación es tarea para toda la

vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar –en las nuevas situaciones de nuestra vida– la luz, el impulso de la primera conversión. Y ésta es la razón por la que hemos de prepararnos con un examen hondo, pidiendo ayuda al Señor, para que podamos conocerle mejor y nos conozcamos mejor a nosotros mismos. No hay otro camino, si hemos de convertirnos de nuevo.

El tiempo oportuno

Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis (2 Cor VI, 1 (Epístola de la misa).), os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. Porque la gracia divina podrá llenar nuestras

almas en esta Cuaresma, siempre que no cerremos las puertas del corazón. Hemos de tener estas buenas disposiciones, el deseo de transformarnos de verdad, de no jugar con la gracia del Señor.

No me gusta hablar de temor, porque lo que mueve al cristiano es la Caridad de Dios, que se nos ha manifestado en Cristo y que nos enseña a amar a todos los hombres y a la creación entera; pero sí debemos hablar de responsabilidad, de seriedad. *No queráis engañaros a vosotros mismos: de Dios nadie se burla* (Gal VI, 7.)n nos advierte el mismo Apóstol.

Hay que decidirse. No es lícito vivir manteniendo encendidas esas dos velas que, según el dicho popular, todo hombre se procura: una a San Miguel y otra al diablo. Hay que apagar la vela del diablo. Hemos de consumir nuestra vida haciendo que

arda toda entera al servicio del Señor. Si nuestro afán de santidad es sincero, si tenemos la docilidad de ponernos en las manos de Dios, todo irá bien. Porque El está siempre dispuesto a darnos su gracia y, especialmente en este tiempo, la gracia para una nueva conversión, para una mejora de nuestra vida de cristianos.

No podemos considerar esta Cuaresma como una época más, repetición cíclica del tiempo litúrgico. Este momento es único; es una ayuda divina que hay que acoger. Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros –hoy, ahora– una gran mudanza.

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis (2 Cor VI, 2 (Epístola de la Misa).): éste es el tiempo oportuno, que puede ser el día de la salvación. Otra vez se oyen los silbidos del buen Pastor, con esa

llamada cariñosa: *ego vocavi te nomine tuo* (Is XLIII, 1.). Nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras.

Considerad conmigo esta maravilla del amor de Dios: el Señor que sale al encuentro, que espera, que se coloca a la vera del camino, para que no tengamos más remedio que verle. Y nos llama personalmente, hablándonos de nuestras cosas, que son también las suyas, moviendo nuestra conciencia a la compunción, abriéndola a la generosidad, imprimiendo en nuestras almas la ilusión de ser fieles, de podernos llamar su discípulos. Basta percibir esas íntimas palabras de la gracia, que son como un reproche tantas veces afectuoso, para que nos demos cuenta de que no nos ha olvidado en todo el tiempo en el que, por nuestra

culpa, no lo hemos visto. Cristo nos quiere con el cariño inagotable que cabe en su Corazón de Dios.

Mirad cómo insiste: *te oí en el tiempo oportuno, te ayudé en el día de la salvación* (2 Cor VI, 2 (Epístola de la misa)). Puesto que El te promete la gloria, el amor suyo, y te la da oportunamente, y te llama, tú, ¿qué le vas a dar al Señor?, ¿cómo responderás, cómo responderé también yo, a ese amor de Jesús que pasa?

Ecce nunc dies salutis , aquí está frente a nosotros, este día de salvación. La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: *ego vocavi te nomine tuo* , te he llamado a ti, por tu nombre. Hay que contestar –amor con amor que paga– diciendo: *ecce ego quia vocasti me* (1 Reg III, 9.), me has llamado y aquí estoy. Estoy decidido a que no pase este tiempo de Cuaresma como pasa el agua

sobre las piedras, sin dejar rastro. Me dejaré empapar, transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como El desea ser querido.

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mt XXII, 37.). *¿Qué queda de tu corazón*, comenta San Agustín, *para que puedas amarte a ti mismo?*, *¿qué queda de tu alma, qué de tu mente?* "Ex toto", dice. "Totum exigit te, qui fecit te" (Sermo 34, 4, 7 (PL 38, 212).); quien te hizo exige todo de ti.

Después de esta protesta de amor, hay que comportarse como amadores de Dios. *In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros* (2 Cor VI, 4 (Epístola de la Misa).), comportémonos en todas las cosas como servidores del Señor. Si te das como El quiere, la acción de la gracia se manifestará en tu conducta

profesional, en el trabajo, en el empeño para hacer a lo divino las cosas humanas, grandes o pequeñas, porque por el Amor todas adquieren una nueva dimensión.

Pero en esta Cuaresma no podemos olvidar que querer ser servidores de Dios no es fácil. Sigamos con el texto de San Pablo, que recoge la Epístola de la Misa de este domingo, para recordar las dificultades: *Como servidores de Dios* –escribe el Apóstol–, *con mucha paciencia en medio de tribulaciones, de necesidades, de angustias, de azotes, de cárceles, de sediciones, de trabajos, de vigiliass, de ayunos; con pureza, con doctrina, con longanimidad, con mansedumbre, con Espíritu Santo, con caridad sincera, con palabras de verdad, con fortaleza de Dios* (2 Cor VI, 4–7.).

En los momentos más dispares de la vida, en todas las situaciones, hemos

de comportarnos como servidores de Dios, sabiendo que el Señor está con nosotros, que somos hijos suyos. Hay que ser conscientes de esa raíz divina, que está injertada en nuestra vida, y actuar en consecuencia.

Estas palabras del Apóstol deben llenaros de alegría, porque son como una canonización de vuestra vocación de cristianos corrientes, que vivís en medio del mundo, compartiendo con los demás hombres, vuestros iguales, afanes, trabajos y alegrías. Todo eso es camino divino. Lo que os pide el Señor es que, en todo momento, obréis como hijos y servidores suyos.

Pero esas circunstancias ordinarias de la vida serán camino divino, si de verdad nos convertimos, si nos entregamos. Porque San Pablo habla un lenguaje duro. Promete al cristiano una vida difícil, arriesgada, en perpetua tensión. ¡Cómo ha sido

desfigurado el cristianismo, cuando ha querido hacerse de él una vía cómoda! Pero también es una desfiguración de la verdad pensar que esa vida honda y seria, que conoce vivamente todos los obstáculos de la existencia humana, sea una vida de angustia, de opresión o de temor.

El cristiano es realista, con un realismo sobrenatural y humano, que advierte todos los matices de la vida: el dolor y la alegría, el sufrimiento propio y el ajeno, la certeza y la perplejidad, la generosidad y la tendencia al egoísmo. El cristiano conoce todo y se enfrenta con todo, lleno de entereza humana y de la fortaleza que recibe de Dios.

Las tentaciones de Cristo

La Cuaresma conmemora los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto, como preparación de esos

años de predicación, que culminan en la Cruz y en la gloria de la Pascua. Cuarenta días de oración y de penitencia. Al terminar, tuvo lugar la escena que la liturgia de hoy ofrece a nuestra consideración, recogiénola en el Evangelio de la Misa: las tentaciones de Cristo (Cfr. Mt IV, 1–11.).

Una escena llena de misterio, que el hombre pretende en vano entender – Dios que se somete a la tentación, que deja hacer al Maligno–, pero que puede ser meditada, pidiendo al Señor que nos haga saber la enseñanza que contiene.

Jesucristo tentado. La tradición ilustra esta escena considerando que Nuestro Señor, para darnos ejemplo en todo, quiso también sufrir la tentación. Así es, porque Cristo fue perfecto Hombre, igual a nosotros, salvo en el pecado (Cfr. Heb IV, 15.). Después de cuarenta días de ayuno,

con el solo alimento –quizá– de yerbas y de raíces y de un poco de agua, Jesús siente hambre: hambre de verdad, como la de cualquier criatura. Y cuando el diablo le propone que convierta en pan las piedras, Nuestro Señor no sólo rechaza el alimento que su cuerpo pedía, sino que aleja de sí una incitación mayor: la de usar del poder divino para remediar, si podemos hablar así, un problema personal.

Lo habréis notado a lo largo de los Evangelios: Jesús no hace milagros en beneficio propio. Convierte el agua en vino, para los esposos de Caná (Cfr. Ioh II, 1–11.); multiplica los panes y los peces, para dar de comer a una multitud hambrienta (Cfr. Mc VI, 33–46.). Pero Él se gana el pan, durante largos años, con su propio trabajo. Y, más tarde, durante el tiempo de su peregrinar por tierras de Israel, vive con la ayuda de

aquellos que le siguen (Cfr. Mt XXVII, 55.).

Relata San Juan que, después de una larga caminata, al llegar Jesús al pozo de Sicar, hace que sus discípulos vayan al pueblo a comprar comida; y viendo acercarse a la samaritana, le pide agua, porque El no tenía con qué obtenerla (Cfr. Ioh IV, 4 ss.). Su cuerpo fatigado por el largo caminar experimenta el cansancio, y otras veces, para reponer las fuerzas, acude al sueño (Cfr. Lc VIII, 23.). Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento.

En la segunda tentación, cuando el diablo le propone que se arroje desde

lo alto del Templo, rechaza Jesús de nuevo ese querer servirse de su poder divino. Cristo no busca la vanagloria, el aparato, la comedia humana que intenta utilizar a Dios como telón de fondo de la propia excelencia. Jesucristo quiere cumplir la voluntad del Padre sin adelantar los tiempos ni anticipar la hora de los milagros, sino recorriendo paso a paso el duro sendero de los hombres, el amable camino de la Cruz.

Algo muy parecido vemos en la tercera tentación: se le ofrecen reinos, poder, gloria. El demonio pretende extender, a ambiciones humanas, esa actitud que debe reservarse sólo a Dios: promete una vida fácil a quien se postra ante él, ante los ídolos. Nuestro Señor reconduce la adoración a su único y verdadero fin, Dios, y reafirma su voluntad de servir: *apártate Satanás; porque está escrito: adorarás al Señor*

Dios tuyo, y a El solo servirás (Mt IV, 10.).

Aprendamos de esta actitud de Jesús. En su vida en la tierra, no ha querido ni siquiera la gloria que le pertenecía, porque teniendo derecho a ser tratado como Dios, ha asumido la forma de siervo, de esclavo (Cfr. Phil II, 6–7.). El cristiano sabe así que es para Dios toda la gloria; y que no puede utilizar como instrumento de intereses y de ambiciones humanas la sublimidad y la grandeza del Evangelio.

Aprendamos de Jesús. Su actitud, al oponerse a toda gloria humana, está en perfecta correlación con la grandeza de una misión única: la del Hijo amadísimo de Dios, que se encarna para salvar a los hombres. Una misión que el cariño del Padre ha rodeado de una solicitud colmada de ternura: *Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me et dabo*

tibi gentes hereditatem tuam (Ps II, 7.): Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pide, y te daré las gentes como heredad.

El cristiano que –siguiendo a Cristo– vive en esa actitud de completa adoración del Padre, recibe también del Señor palabras de amorosa solicitud: *Porque espera en mí, lo libraré; lo protegeré, porque conoce mi nombre* (Ps XC, 14 (Tracto de la Misa)).

Jesús ha dicho que no al demonio, al príncipe de las tinieblas. Y en seguida se manifiesta la luz. *Con eso le dejó el diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían* (Mt IV, 11.). Jesús ha soportado la prueba. Una prueba real, porque, comenta San Ambrosio, *no obró como Dios usando de su poder (¿de qué, entonces, nos hubiera aprovechado su ejemplo?), sino que, como hombre, se sirvió de los auxilios que tiene en*

común con nosotros (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 1, 4, 20 (PL 15, 1525).).

El demonio, con intención torcida, ha citado el Antiguo Testamento: *Dios mandará a sus ángeles, para que protejan al justo en todos sus caminos* (Ps XC, 11 (Tracto de la Misa).). Pero Jesús, rehusando tentar a su Padre, devuelve a ese pasaje bíblico su verdadero sentido. Y, como premio a su fidelidad, cuando llega la hora, se presentan los mensajeros de Dios Padre para servirle.

Vale la pena considerar este modo, que Satanás ha utilizado con Jesucristo Señor Nuestro: argumenta con textos de los libros sagrados, torciendo, desfigurando de modo blasfemo su sentido. Jesús no se deja engañar: bien conoce el Verbo hecho carne la Palabra divina, escrita para salvación de los hombres, y no para confusión y condena. Quien está

unido a Jesucristo por el Amor, podemos concluir, no se dejará nunca engañar por un manejo fraudulento de la Escritura Santa, porque sabe que es típica obra del diablo tratar de confundir la conciencia cristiana, discurriendo dolosamente con los mismos términos empleados por la eterna Sabiduría, intentando hacer –de la luz– tinieblas.

Contemplemos un poco esta intervención de los ángeles en la vida de Jesús, porque así entenderemos mejor su papel –la misión angélica– en toda vida humana. La tradición cristiana describe a los Angeles Custodios como a unos grandes amigos, puestos por Dios al lado de cada hombre, para que le acompañen en sus caminos. Y por eso nos invita a tratarlos, a acudir a ellos.

La Iglesia, al hacernos meditar estos pasajes de la vida de Cristo, nos recuerda que, en el tiempo de Cuaresma, en el que nos reconocemos pecadores, llenos de miserias, necesitados de purificación, también cabe la alegría. Porque la Cuaresma es simultáneamente tiempo de fortaleza y de gozo: hemos de llenarnos de aliento ya que la gracia del Señor no nos faltará, porque Dios estará a nuestro lado y enviará a sus Angeles, para que sean nuestros compañeros de viaje, nuestros prudentes consejeros a lo largo del camino, nuestros colaboradores en todas nuestras empresas. *In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum* (Ps XC, 12 (Tracto de la Misa).), sigue el salmo: los Angeles te llevarán con sus manos, para que tu pie no tropiece en piedra alguna.

Hay que saber tratar a los Angeles. Acudir a ellos ahora, decir a tu Angel

Custodio que esas aguas
sobrenaturales de la Cuaresma no
han resbalado sobre tu alma, sino
que han penetrado hasta lo hondo,
porque tienes el corazón contrito.
Pídeles que lleven al Señor esa buena
voluntad, que la gracia ha hecho
germinar de nuestra miseria, como
un lirio nacido en el estercolero.

*Sancti Angeli, Custodes nostri:
defendite nos in proelio, ut non
pereamus in tremendo iudicio* (De una
oración dirigida a San Miguel, en las
fiestas litúrgicas que le dedica el
Misal romano.). Santos Angeles
Custodios: defendednos en la batalla,
para que no perezcamos en el
tremendo juicio.

*(Homilía pronunciada el 2-III-1952, I
Domingo de Cuaresma, publicada en
"Es Cristo que pasa" y editada en
audio por Maiestas)*

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-co/article/la-
conversion-de-los-hijos-de-dios-2/](https://dev.opusdei.org/es-co/article/la-conversion-de-los-hijos-de-dios-2/)
(09/08/2025)